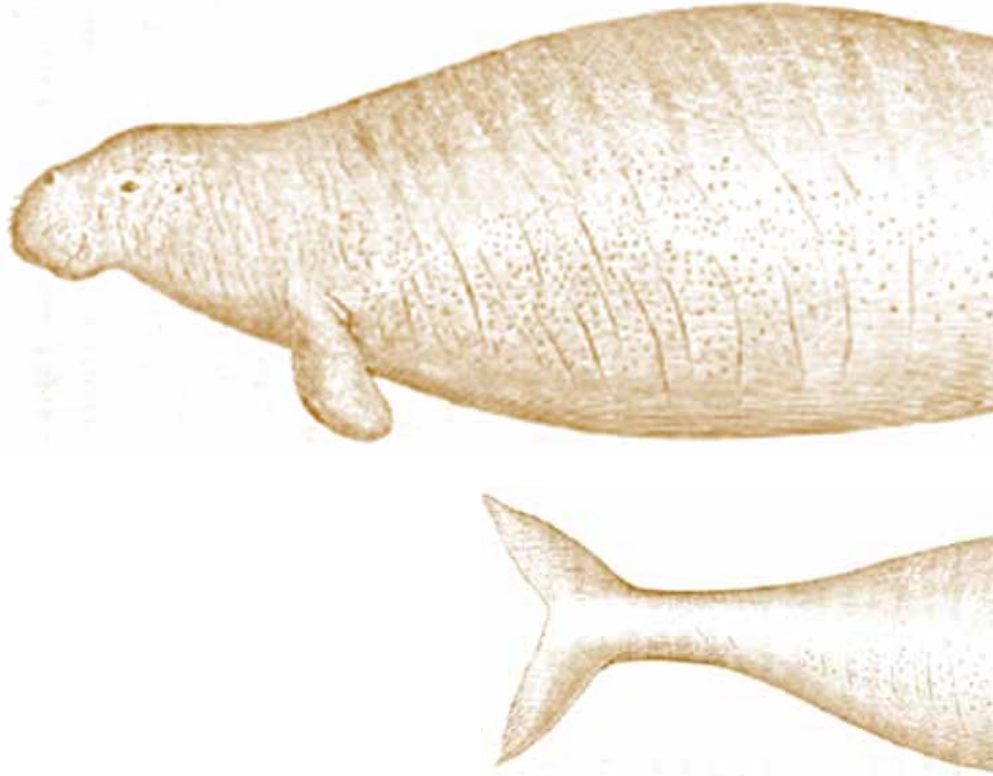


Las extinciones históricas:

la vaca marina de Steller, el poder de las imágenes y el problema de la evidencia en la zoología del siglo XIX



Rhytina boreali. Johann Friedrich von Brandt, 1866. Fotografía.

Irina Podgorny

Doutora em Ciências Naturais pela Universidade Nacional de La Plata (UNLP). Investigadora do Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) e diretora do Archivo Histórico del Museo de La Plata/Argentina. Autora do livro *Charlatanería y cultura científica en el siglo XIX*. Madrid: Catarata, 2015. ipodgo@isis.unlp.edu.ar

Las extinciones históricas: la vaca marina de Steller, el poder de las imágenes y el problema de la evidencia en la zoología del siglo XIX*

Historical extinction: Steller's sea cow, the power of images and the problem of evidence in nineteenth century zoology

Irina Podgorny

* Agradecimientos: Le agradezco a Valéria Mara Silva por esta invitación y a los bibliotecarios del Max Planck Institut für Wissenschaftsgeschichte de Berlín por su ayuda permanente en la búsqueda de nuevos materiales. Agradezco a Matthias Bruhn los comentarios a otro trabajo sobre la economía de la colección de los huesos de vaca marina, comentarios que dieron origen a este que, por su parte, forma parte del PIP 0153 (Conicet). Agradezco a Maribel Martínez Navarrete y a Alexander Kuznetsov por su ayuda con la bibliografía rusa. 1 Cf. BAER, Ernst von. Untersuchungen über die ehemalige Verbreitung un die gänzliche Vertilgung der von Steller beobachteten nordischen Seekuh (*Rytina* Ill.). *Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences de Saint Pétersbourg*, v. 6, n. 5, 2, 1840, *idem*, Über das Aussterben der Thierarten in physiologischer und nicht physiologischer Hinsicht überhaupt, und der Untergang von Arten, die mit den Menschen zusammen gelebt haben. *Bulletin de l'Académie impériale des sciences de St. Pétersbourg*, v. 3, 1861, STELLER, Georg Wilhelm. De Bestiis Marinis. *Novi commentarii Academiae Scientiarum Imperialis Petropolitanae* v. 2, 1749 (1751), *The Beasts of the Sea*, translated by Walter Miller and Jennie Emerson Miller. In: *The fur seals and fur-seal islands of the North Pacific Ocean*, 3, Washington, Govt. Print. Office, 1898-1899, JONES, Ryan Tucker. *Empire of Extinction. Russians and the North Pacific's Strange Beasts of the Sea, 1741-1867*. Oxford: Oxford University Press, 2014, ROTHAUSCHER, Hans, *Die Stellersche Seekuh. Hydrodamalis gigas*. <http://www.hans-rothauscher.de/steller/seekuh.htm>; Ver también PODGORNYY, I. Recycling. Zur Ökonomie der (Sub)Fossilien. In: HEUMANN; Ina y Nils GÜTTLER. *Sammlungsökonomien. Vom Wert wissenschaftlicher Dinge*, Berlin, 2016 (en prensa).

RESUMEN

Este trabajo trata de las imágenes de la vaca marina de Steller (*rhytina stelleri*), un animal extinguido en épocas históricas, visto por muy pocos viajeros y del que solo sobrevivía un boceto que, curiosamente, volvió a la isla donde se había originado para darle forma a un animal desconocido por los contemporáneos. Esta historia sirve para analizar el poder de las imágenes en varios sentidos: por un lado, en su capacidad de apoderadas de la cosa en sí ("proxy images"), pero también como dispositivos capaces de crear realidades con entidad propia.

PALABRAS CLAVE: *rhytina stelleri*; extinciones históricas; Ernst von Baer.

ABSTRACT

This paper analyzes the itineraries of the depictions of Steller's sea-cow, an aquatic mammal from the Bering Insel that went extinct in 1768, leaving behind almost no evidence of its former existence. This story of images travelling around can be read as a case study of how "proxy images" worked, but also as a good example of how images work to create new realities.

KEYWORDS: *rhytina stelleri*; historic extinctions; Ernst von Baer.



En 1840, el famoso zoólogo de origen alemán Ernst von Baer publicaba en San Petersburgo la historia del exterminio de la vaca marina del norte, un corpulento y lento mamífero marino que, hasta mediados del siglo XVIII, habría vivido en el Pacífico septentrional, en las islas existentes entre Asia y América del Norte. Se trataba de una historia bastante corta: la vaca se habría extinguido hacia fines de la década de 1760, apenas poco años después de la primera descripción hecha en 1741 por Georg Alexander Steller, el naturalista y médico bávaro que acompañó la expedición rusa de Vitus Bering a las costas de Alaska y Kamchatka. Luego del naufragio, ocurrido en las cercanías de una isla deshabitada e innominada pero que, desde entonces cobija los restos del ilustre comandante y lleva su nombre, Steller tuvo oportunidad de observar, comer, diseccionar y dibujar este animal, hasta entonces desconocido. Según Steller, su abundancia garantizaba el alimento para todos los aventureros de Kamchatka que partieran a la caza de focas y de otros pinnípedos peleteros. Una afirmación imprudente que selló su destino: en 1768 se mataba a la última de las vacas de Steller; por lo menos, desde ese año, nadie volvió a verlas.¹ Las islas, incorporadas a la administración rusa a través de la Compañía Ruso-Americana, dedicada a la industria extractiva de pieles de animales marinos, empezaron a poblarse

de administradores y cazadores, muchos de ellos aleutianos, expertos en el arte de seguir a sus presas en el gélido paisaje del estrecho, bautizado con el nombre del marino de origen danés.

Steller, por su parte, moriría en 1746. Nunca regresó al puerto de partida, al que sí llegarían algunos de sus dibujos y apuntes. En esas notas, destacaba que la bestia descubierta se trataba de un manatí, la *Vacca marinae* de los holandeses, la *sea-cow* de los ingleses.² De esta manera transfería el nombre de un mamífero que habitaba en las zonas australes, en las regiones más bien cálidas de África, América y las costas del Océano Índico y del Pacífico del sudoeste, a un animal del Pacífico norte. En realidad nadie sabía muy bien en qué diferían los manatíes de las distintas regiones, ni qué relación guardaban entre ellos o con otros grupos del reino animal. Muy poco antes del encuentro recíprocamente póstumo de Steller con su vaca, Peter Artedi y Linneo los había colocado en el grupo de los peces (*Plagiuri- Plagiurus Trichechus*).³ Recién en 1756 Mathurin-Jacques Brisson, el primer zoólogo que – al crear la clase – separó los cetáceos de los peces, colocaría a los manatíes y dugongos entre los cuadrúpedos, aclarando: “je n’ai jamais vu le Lamantin: je ne sais de que genre il est; car aucun Auteur n’a fait mention de ses dents. Je le place ici (« Ordre III des Quadrupèdes », el orden de las morsas – *Odobenus* – y de los elefantes), jusqu’à ce que je sois plus instruit de son vrai caractère.”⁴ Un afirmación no del todo exacta, ya que cuando la Academia de Ciencias de S. Petersburgo publicó las notas de Steller en 1751 – cinco años antes de la publicación de Brisson –, la lámina XIV mostraba las placas masticatorias inferior y superior de la vaca marina del norte⁵ (Figura 1). De todos modos, sin una idea clara de la forma de sus dientes, ausentes de las colecciones europeas y de las imágenes que acompañaban las descripciones de estos animales conocidos como manatíes (lamantins. en francés), nadie podía decir con exactitud qué comían y, por lo tanto, a qué clase pertenecían y cómo se diferenciaban.⁶



Figura 1. Placas dentarias. Novii commentarii Academiae Scientiarum Imperialis Petropolitanae. Petropolis, Typis Academiae Scientiarum, 1750-1776.

² STELLER, G. Descriptio Manati seu Vaccae marinae Hollandorum, sea-cow Anglorum, Russorum Morskaia Korowa. Occisa d. 12. Iul. 1742. In: insula Beringii Americam inter et Asiam in canali sita, De bestiis, p. 294.

³ Cf. ARTADI, Peter. Plagiurus Trichechus. En: *Ichthyologia sive opera omnia de piscibus scilicet* (Posthuma, Vindicavit, Recognovit, & Editit Carolus Linnaeus), 1738, p. 109. Linneo, poco después, colocó al género *Trichechus* dentro del grupo de los Bruta, separado de los Cetáceos pero en la misma categoría de los elefantes, los perezosos y los armadillos.

⁴ BRISSON, Mathurin-Jacques. *Regnum Animale in Classes IX Distributum*. Paris, 1756, p. 50.

⁵ Ver STELLER. De Bestiis, Tab. XIV. Leonhard Stejneger – vide infra – atribuye estas láminas a Johann Christian Berckhan, el pintor que no viajó a Bering, pero se reencontró con Steller en Kamchatka.

⁶ Sobre la historia de la clase Sirenia hasta 1866, cf. BRANDT, Johann Friedrich von. *Symbolae sirenologicae: sireniorum, pachydermatum, zeuglodonum et cetaceorum ordinis osteologia comparata nec non sireniorum generum monographia. Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences de Saint Pétersbourg*, v. 12, n. 1, 1866.

⁷ Cf. ILLIGER, Johann Karl Wilhelm. *Prodomus systematis mammalium et avium*. Berlin, 1811, p. 140-141.

⁸ CUVIER, Georges. Du prétendu Manati du Nord de Steller. *Recherches sur les ossements fossiles, où l'on rétablit les caractères de plusieurs animaux dont les révolutions du Globe ont détruit les espèces*, 8, 2, Paris : D'Ocagne, 1836 (8^e. édition), cf. RAPP, Wilhelm. Pflanzenfressende Cetaceen, en : *Die Cetaceen zoologisch-anatomisch dargestellt*, Stuttgart, 1837, p. 24-27; CUVIER, Frédéric. *De l'Histoire naturelle des cétacés ou recueil et examen des faits dont se compose l'histoire naturelle de ces animaux*. Paris : De Roret, 1836.

⁹ Ver PALLAS, Petro. *Zoographia rosso-asiatica: sistens omnium animalium in extenso Imperio Rossico, et adjacentibus maribus observatorum recensionem, domicilia, mores et descriptiones, anatomen atque icones plurimorum*. Petropoli: In: Officina Caes. Acadamae Scientiarum, 1831, tab. 30.

El animal de Steller (hoy conocido como *hydrodamalis gigas* de la familia de los dugongidae) recibiría a lo largo de su historia varios nombres: *nepus* (Fischer v. Waldheim), *stellere* (G. Cuvier), *stellerus borealis* (Desmarest) y *manatus borealis* (Pallas). Durante el siglo XIX, sin embargo, el nombre más aceptado fue el de *rhytina stelleri*, siguiendo la nomenclatura propuesta por Illiger. Junto con los dugongos (hoy género *halicore*) y manatíes (hoy género *manatus*), fue considerado como uno de los integrantes de la subfamilia de los cetáceos herbívoros (*rapp, cuvier*). Otros lo ligaron a la familia de mamíferos marinos a la cual Illiger, con derecho propio, llamó sirenia, un homenaje a las primeras descripciones donde se los emparentaba con estos seres míticos.⁷

A pesar de la evidencia presentada por los zoólogos rusos, las ritinas, nombre entre científico y vulgar que se usaba para designarlos, fueron consideradas una especie viviente hasta bien avanzado el siglo XIX. Así, la descripción de Georges Cuvier del “manatí del norte” publicada en las distintas ediciones de los *Ossements fossiles* (1823,1836) nunca se creyó necesario suprimir el llamado de Cuvier para lograr un dibujo exacto del animal tomado del vivo: “Une bonne figure et une description de cet animal et de son ostéologie seraient le plus grand service que les Russes ou les Anglais qui vont pêcher dans les parages où il habite pourraient rendre à l'histoire naturelle”.⁸ Cuvier, a pesar de equivocarse sobre la posible supervivencia del animal, tenía razón: como antes había explicado Brisson, para clasificar el animal se necesitaban los huesos, reales o figurados. Y aunque una sola lámina hubiese alcanzado para cubrir todas las necesidades del anatomista moderno, este deseo no podía ser satisfecho: con la excepción del boceto de Steller – perdido en la remesa que llegó a San Petersburgo – y de un dibujo bastante impreciso publicado en la obra de Pallas (Figura 2)⁹, los naturalistas contaban con una única prueba de la existencia de este animal, es decir,

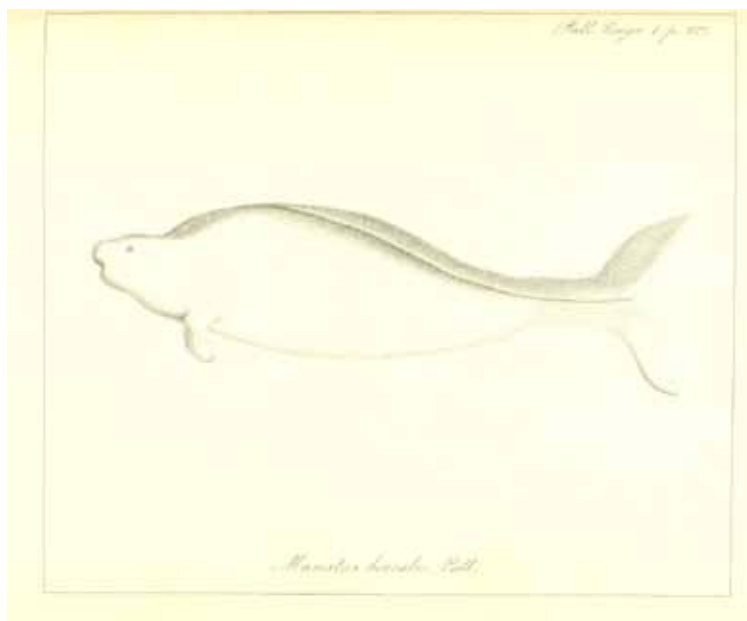


Figura 2. Petro Pallas, *Zoographia Rosso-Asiatica: sistens omnium animalium in extenso Imperio Rossico et adjacentibus maribus observatorum recensionem, domicilia, mores et descriptiones, anatomen atque icones plurimorum*. San Petersburgo: Academia de Ciencias, 1831.

dos costillas y una placa dentaria, depositadas ambas en las colecciones del Museo de Zoología de la Academia de Ciencias de San Petersburgo.¹⁰ Ernst von Bär, a sabiendas de esta escasez, en 1840, afirmaba: de la vaca de Steller, “no nos queda otra cosa más que su obituario”.¹¹

Las imágenes y los huesos contrariamente a esa frase tan terminante como cínica, terminaron apareciendo y la ritina hoy se piensa en forma tri-dimensional. Este trabajo trata, precisamente, de esa historia en apariencia imposible, de los intentos por fijar y darle una imagen a un animal extinguido en épocas históricas, visto por muy pocos viajeros, del que no quedaban ni siquiera los huesos. O mejor dicho: sí, sobrevivía un boceto que, como veremos en las páginas que siguen, volvió a la isla donde se había originado para darle forma a un animal desconocido por los contemporáneos.

Esta historia sirve para analizar el poder de las imágenes en varios sentidos: por un lado, en su capacidad de apoderadas de la cosa en sí (“proxy images”), tal como las describiera Martin Rudwick en su trabajo ya clásico de 2000. Los animales, sus huesos, dientes o pieles pueden quedarse en un solo lugar – o incluso no moverse – pero las imágenes, dado su carácter de elemento plano y gracias a la liviandad de su sustrato – el papel –, tienen la capacidad de viajar, ser reproducidas, copiadas e intercambiadas entre los agentes de los puntos más diversos del mundo. De esa manera, son la condición de posibilidad de la comparación y de la clasificación, reemplazando, en muchos casos, la observación del material real. Por otro lado, esta historia sirve también para mostrar cómo la circulación y la experiencia de las imágenes le da forma a nuevas –o viejas– realidades, en el sentido explorado por el historiador del arte alemán Horst Bredekamp y su equipo en la revista *Bildwelten des Wissens*.¹²

La relación entre saber e imagen es uno de los presupuestos de las historias contemporáneas del conocimiento, gracias, en parte, a Bruno Latour y su concepto de «móviles inmutables». Allí, Latour refiriéndose al fenómeno del transporte o viaje de los objetos y de los textos en papel (mapas, dibujos o descripciones), invitaba a reflexionar sobre el vínculo entre los espacios del campo y el gabinete, su expresión a través de las formas materiales, las marcas de escritura, apuntes, mediciones, bosquejos, los elementos característicos y determinantes de la ciencia occidental. Según Latour, la ciencia moderna se estableció gracias a esta capacidad de producir – y acumular – un saber normalizado, comunicable y móvil.¹³ Los bocetos enviados por Steller se perdieron pero, sin embargo, sobrevivieron gracias a esta capacidad de moverse y de reproducirse que caracteriza a los “móviles inmutables”, aspecto que también aparece en los “museos de papel” a los que se refería Rudwick. Estas colecciones de dibujos, de manera económica y manejable, permiten encarar la empresa zoológica en la época de la expansión de un sistema de clasificación del mundo natural que se plantea global pero no termina de dominar esta escala, en parte debido al crecimiento exponencial de los agentes involucrados y de la cantidad de especies que proliferan por doquier.¹⁴ Como ilustra la variedad de nombres dados a la vaca marina del norte, esto, lejos de ser un problema menor, representaba uno de los nodos a resolver por los naturalistas del siglo XIX.

Animales de papel

Veinte años después de publicar aquella necrológica, Ernst von Baer se indignaba al constatar que, además de Cuvier – fallecido en 1832 –, ahora

¹⁰ Cf. BRANDT, J. F. Über den Zahnbau der Stellerschen Seekuh (*Rytina Stelleri*) nebst Bemerkungen zur Charakteristik der in zwei Unterfamilien zu zerfallenden Familie der Pflanzenfressenden Cetaceen. *Mémoires de l'Académie Impériale des Sciences de Saint Pétersbourg*, v. 2, 1832.

¹¹ BAER, Ernest von. Untersuchungen über die ehemalige Verbreitung un die gänzliche Vertilgung der von Steller beobachteten nordischen Seekuh (*Rytina* Ill.), *op. cit.*, p. 80.

¹² Ver BREDEKAMP, Horst. *Theorie des Bildakts*. Berlin: Suhrkamp, 2010.

¹³ Ver también BOURGUET, Marie-Noëlle. La collecte du monde: voyage et histoire naturelle, fin XVIIème siècle-début XIXème siècle. In: BLANCKA-ERT, Claude y AAVV, comp. *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. Paris: Muséum National d'Histoire Naturelle, 1997, LATOUR, Bruno, Inmutable Mviles, LYNCH, Michael y WOOLGAR, Steve. *Representation in scientific practice*, MIT, 1990.

¹⁴ Cf. RUDWICK, Martin J. Cuvier's paper museum of fossil bones. *Archives of Natural History*, v. 27, n. 1, 2000.

¹⁵ BAER, Ernest von. Über das Aussterben.

¹⁶ Ver OLMÍ, Giuseppe. *Ulisse Aldrovandi. Scienza e natura nel secondo Cinquecento*. Trento: Unicoop, 1976, *Figurare e descrivere. Note sull'illustrazione naturalistica cinquecentesca. Acta Medicae Historiae Patavina*, v. 27, 1980-1981, *Arte e natura nel Cinquecento bolognese: Ulisse Aldrovandi e la raffigurazione scientifica. In: Le arti a Bologna e in Emilia dal XVI al XVII secolo*, a cura di A. Emiliani, v. 4 degli Atti del XXIV Congresso Internazionale di Storia dell'Arte, Bologna, Clueb, 1982, OLMÍ Giuseppe y TOMAS, Tongiorgi. *De piscibus. La bottega artistica di Ulisse Aldrovandi e l'immagine naturalistica*. Roma: Edizioni dell'Elefante, 1993.

eran los anatomistas ingleses los que no terminaban de aceptar el hecho de la extinción histórica de este y otros animales.¹⁵ Von Baer concedía que parte del problema residía en la naturaleza de la evidencia y los medios técnicos disponibles para el registro y describiendo, con mucha inteligencia, la relación entre las palabras, las cosas y las imágenes, hizo un diagnóstico que parece salido de las páginas de los historiadores de la ciencia de la segunda mitad del siglo XX.

En un marco donde se estaba discutiendo si los procesos de evolución y extinción aún continuaban en el presente, el número de especies animales cuya extinción se podía constatar históricamente, no era muy grande. Aunque nada hacía pensar que la extinción, un hecho probado en los tiempos geológicos, se hubiese detenido con el inicio de la historia de la humanidad, el problema residía en el tipo de registro para rastrearla: ¿cómo comprobar esos procesos en los tiempos cortos de la historia, incapaces de dar lugar al registro fósil de los tiempos profundos de la geología?

Sin ir más lejos, reflexionaba von Baer, la descripción precisa de los animales era relativamente reciente. No por nada, la mayoría de los naturalistas de los siglos anteriores al XIX eran también grandes conocedores de las lenguas muertas: sin trabajo filológico, era imposible reconocer a los animales descritos por los antiguos, sin identificar además el tiempo y el lugar donde esa descripción o traducción se había producido. La zoología, en ese sentido, implicaba el trabajo con los textos. Habría que esperar a la 10ª o 12ª edición del *Systema naturae* (1758 o 1766), para que, a través de los inventarios sistemáticos propuestos por Linneo, ese tipo de empresa se expandiera, no necesariamente despojada del lenguaje; todo lo contrario, sino como un intento de darle forma en un lenguaje universal. No es la naturaleza misma la que se uniformiza con el sistema de Linneo sino los medios propuestos para describirla. Cuando von Baer publicaba esas líneas, habían pasado apenas cien años del inicio del registro confiable de las especies existentes en el planeta.

Cientos de animales, descritos en tiempos pre-linneanos, podían identificarse gracias a las imágenes adosadas a la descripción textual. Von Baer vinculaba la posibilidad de fijar la descripción y el nombre a una única entidad más que a la imagen, a dos innovaciones técnicas: la expansión de la xilografía – la impresión con plancha de madera, originaria de China pero que, en Europa, alcanza su máximo esplendor en el siglo XV – y, luego, el desarrollo de la calcografía, la impresión con placas de cobre, que se desarrolla en Europa paralelamente a la anterior pero de manera independiente a la impresión de libros, donde proliferaban los grabados en madera. Como refiere el historiador italiano Giuseppe Olmi, el desarrollo de la historia natural se vincula estrechamente a la técnica xilográfica y la acuarela, que permitieron traducir las palabras en cosas: las figuras, además de proveer precisión descriptiva, viajaban con la misma facilidad que el papel y las cartas, asegurando la transferencia de conocimiento entre lugares distantes. Sin embargo, en el siglo XVI – como relata Olmi – todavía no existían pintores dispuestos a trabajar a tiempo completo para los naturalistas, despersonalizándose y renunciando al estilo propio, aceptando ser educados por el hombre de ciencia para que el dibujo de un animal tuviera sentido y pudiera ser entendido más allá de las tradiciones locales.¹⁶ En 1860 la ilustración científica ya estaba ampliamente consolidada pero solo habían pasado unos 300 años de ese proceso y no cubría la larga historia de la humanidad: no era fácil identificar específicamente a los animales

nombrados por Plinio o Aristóteles. Y, cuando se hacía, no se debía a la precisión de la descripción sino a la tradición de los nombres, transmitidas por otros canales, en un proceso que naturalizaba las palabras producidas en otros contextos.

La tradición y los nombres populares, diferenciando las distintas especies cuando estas formaban parte de la vida cotidiana de los hombres, no hacían más que complicar la cosa. Estos nombres no distinguían entre formas afines de regiones diferentes. Y de este modo, si en una región, una especie era reemplazada por otra parecida, el nombre de la anterior se transfería a la recién llegada, que heredaba el apelativo de la desplazada (o extinguida). Con frecuencia, sobre todo cuando un grupo emigraba y se encontraba con animales desconocidos pero que evocaban la fauna de la región de origen, los nombres de una determinada forma animal pasaban a designar a la nueva. Esta transferencia de nombres de una especie de una región a otra, proceso del cual – como se ve en el caso de la vaca marina de Steller – los mismos naturalistas no eran ajenos, enmascaraba la historia de las poblaciones animales: al perdurar los nombres, no se sabía si era porque la especie continuaba viva o porque el nombre había pasado de una especie a otra, haciéndola pervivir artificialmente en el tiempo. Solo la zoología sistemática del último siglo, combinada con los dibujos, podían fijar el nombre a una especie, estandarizando el registro histórico de las poblaciones animales y haciendo visible su variabilidad en los tiempos más recientes. Ernst von Baer, de esta manera, destacaba la íntima conexión entre medios y capacidad de observación: en el futuro estos medios técnicos de la descripción – imagen y texto con pautas definidas – harían posible la visualización del proceso de extinción histórica y mostrarían la inexorabilidad de las leyes naturales.

Estas reflexiones de un zoólogo, también un teórico de las ciencias de la vida, se corresponden con las de los historiadores contemporáneos, para quienes las imágenes y el saber son dos términos que, como es bien sabido y como destacaba von Baer, andan juntos desde la modernidad temprana. En nuestro caso, la vaca marina sirve como modelo para entender cómo las imágenes intervinieron en la creación de más de un objeto de la ciencia.

Steller y las imágenes de su vaca marina

Leonhard Stejneger, el zoólogo estadounidense nacido en Noruega, a cargo por muchos años de las colecciones de la Smithsonian Institution, escribió una extensa biografía de Steller. Como buen naturalista, le dedica un apéndice a las vidas de las imágenes de la vaca marina (“The pictures of the sea cow”)¹⁷, un detallado trabajo que sirve de base a esta sección.

Stejneger reconstruía el intrincado itinerario de las únicas imágenes hechas sobre el “animal vivo” (o agonizante), rastreando sus copias y su vida independiente del supuesto autor. Aparentemente, la expedición de Bering, por falta de lugar, partió sin dibujante. Steller tampoco lo era y, para suplir esta carencia, se recurrió a las habilidades de Friedrich Plenisner, piloto, capaz de delinear cartas marinas y, ante la necesidad del naturalista viajero del barco, plantas y animales. Pocos dudan que fue Plenisner quien dibujó las dos láminas de la vaca marina en posición dorsal y ventral, imágenes que Steller, junto con el manuscrito y otras láminas representando a un león marino y demás pinnípedos, envió a San Petersburgo en 1743, aprovechando la partida del barco que realizaba el aprovisionamiento

¹⁷ STEJNEGER, Leonhard. *Georg Wilhelm Steller, the pioneer of Alaskan natural history*. Cambridge: Harvard University Press, 1936, Appendix A: The pictures of the sea-cow. Ver también: Die verlorenen Originalzeichnungen. In: ROTHHAUSCHER, *Die Stellersche Seekuh*. <<http://www.hans-rothauscher.de/steller/seekuh.htm>>.

¹⁸ Sobre estos temas, ver PODGORNÝ, I. Fossil Dealers, the practices of comparative anatomy, and British diplomacy in Latin America, 1820-1840. *British Journal for the History of Science* v. 46, n. 4, 2013, Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850. *Circumscribere. International Journal for the History of Science*.v. 9, 2011, Silent and alone. How the ruins of an ancient city found close to Palenque were taught to talk the language of archaeology. In: LOZNY, Ludomir (ed.). *World archaeologies: a comparative perspective*, New York: Springer, 2011, Las rutas del saber: el tráfico de manuscritos iberoamericanos en la primera mitad del siglo XIX. In: *Coleccionismos, prácticas de campo e representações*. LOPES M. Margaret y HEIZER, Alda (eds.), João Pessoa: EDUEPB, 2010, y GARCÍA, S. e I. PODGORNÝ. La "Casa de los Pilotos": las escorias de la Patagonia y el naturalista de la barca inglesa. In: RUIZ, R., PUIG-SAMPER, M. and ZAMUDIO, G. (eds.). *Darwin, biología y sociedad*. Mexico-Madrid: Doce Calles/Universidad Nacional Autónoma de México y Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC-España-CSIC), 2013.

anual de Kamchatka. Para 1746, año de la muerte de Steller, la Academia conservaba el manuscrito pero las láminas de la vaca, se habían perdido, razón por la que no figuran en la publicación de 1751. Sin embargo, gracias a las copias, los dibujos de Plenisner sobrevivieron tanto a su extravío como a la extinción del animal.

Stejneger y otros estudiosos de los derroteros de los manuscritos y las colecciones de Steller pudieron discriminar que, efectivamente, todas las imágenes de la vaca marina que se hicieron a partir de la segunda mitad del siglo XVIII proceden de dos series de imágenes, ambas hechas por Plenisner para servir a diferentes documentos de las expediciones a las regiones más lejanas del imperio ruso. La historia que relata Stejneger bien podría ser la de cualquier otra serie de imágenes hechas, por ejemplo, en los dominios de la Monarquía española: copias de salvaguarda enviadas de forma privada a los colegas y guardadas en colecciones personales, originales o copias adosados a las cartas de las nuevas rutas descubiertas, copias de las copias que se reproducen más allá de la voluntad del autor o de la misma voluntad del soberano. Contrariamente a la idea que los manuscritos – sean textuales o imágenes – quedan inmovilizados en los archivos, las imágenes de la vaca marina de Steller, la del "animal corpulento y raro de las orillas del Río Luján" (luego llamado megaterio) o las láminas de las ruinas de las casas viejas halladas cerca de Palenque en la región de Chiapas, tienen vida propia, son usadas en su estado "manuscrito", se copian y se mueven en circuitos, en principio, reducidos pero de ningún modo inexistentes.¹⁸ De esta manera, las imágenes, a través de los agentes más diversos, logran llegar a las publicaciones: en nuestro caso, a la obra del naturalista alemán Pedro Pallas quien, de alguna manera, accedió al boceto de Plenisner y lo publicó, póstumamente y sin grandes modificaciones, en su obra sobre la fauna de Rusia.

De esta costilla haré un esqueleto (es decir, una vaca marina)

a) La figura ideal de Brandt

La mera ausencia de los huesos de la vaca marina de Steller en las colecciones de los museos, despertó la curiosidad, la intriga y la astucia para tratar de llenar ese vacío que, por otro lado, impedía describir correctamente al animal. Sin huesos, sin una imagen lo suficientemente precisa para definir sus características, la vaca del Pacífico norte no tendría otro destino que un reino orillando lo fantástico. El mismo E. von Baer, con su escepticismo y sentido pragmático de la realidad, reflexionaba sobre la posibilidad de encontrar restos del animal en el suelo de la isla de Bering. Bien sabía que loberos y balleneros, cazadores y pescadores, al carnear o comer sus presas, dejaban las osamentas abandonadas, sobre todo si estas no tenían valor económico. Si la abundancia, como describía Steller, había sido tal y la matanza de proporciones tan masivas como para borrar a la especie de la superficie y de los mares del planeta, no sería imposible intentar recuperar de los basureros de Bering, aunque más no fuera, algún que otro hueso que no fueran los del mismo explorador.

Y en efecto, ante esa consulta, los oficiales de las colonias de la Compañía Ruso-Americana, empezaron a reportar el hallazgo de esqueletos en el sedimento de las Islas del Comandante. La Academia de Ciencias de San Petersburgo envió entonces al preparador de su museo zoológico, quien tras viajar varios años en la zona del mar de Bering, remitió finalmente

un cráneo. Ante semejante hallazgo, en la década de 1840, la Academia decidió, como era costumbre, establecer un premio para obtener otras partes diagnósticas del animal. Con estos restos y los ya conservados, J. B. Brandt, director del Museo Zoológico y buen colega de von Baer, publicaría la primera descripción exhaustiva de la vaca marina del norte, adjuntando además un “Icon idealis” (imagen ideal) del animal y varias láminas mostrando la composición del cráneo (Figura 3, 4 y 4.1). El bosquejo de la forma exterior del animal no hacía más que recomponer el boceto publicado en la obra de Pallas, es decir, el dibujo de Plenisner /Steller.

Las láminas de Brandt, por su parte, serían enviadas a las colonias ruso americanas junto con las instrucciones para coleccionar los huesos, de manera de instruir visualmente a los residentes – incapaces de leer latín, el idioma del trabajo de Brandt. En 1855, llegaría el primer esqueleto completo de ritina, obtenidos gracias a la ayuda de los administradores de la zona. Además de San Petersburgo, otros museos, como el de Helsinki – por entonces parte del Imperio Ruso –, también lanzaron instrucciones con el

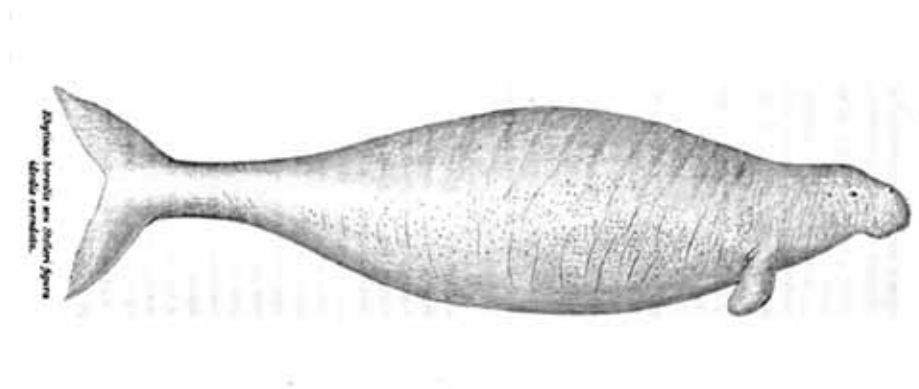


Figura 3. *Rhytina borealis* seu *Stelleri* figura idealis emedanta de Brandt. *Symbola sireniae*, p. 282.

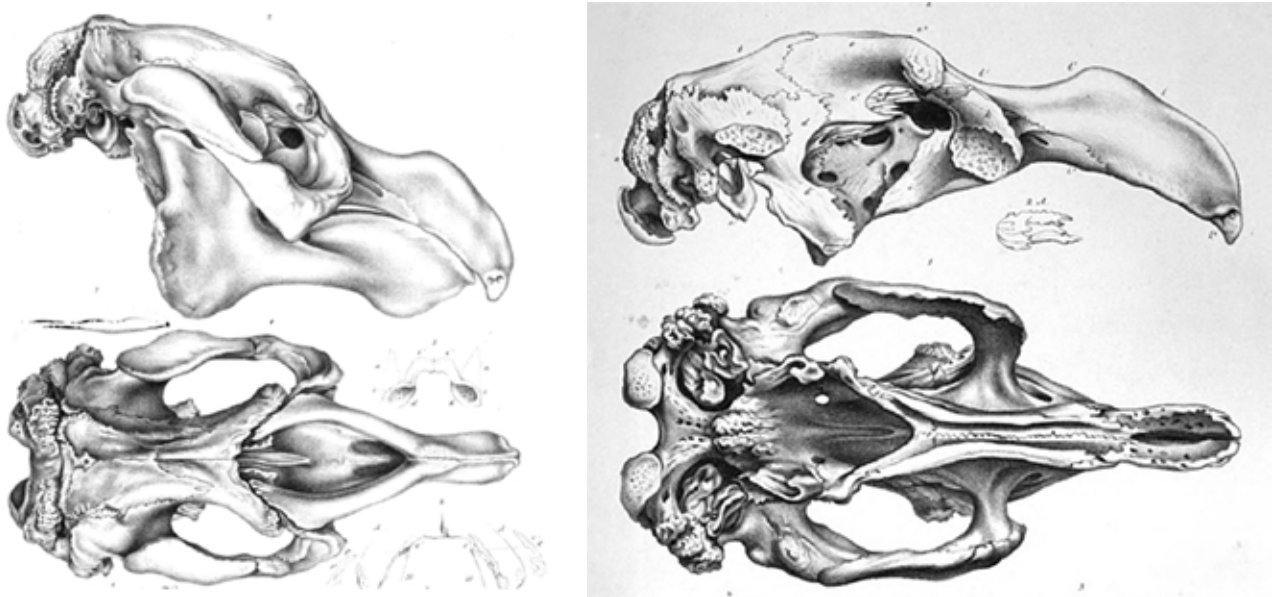


Figura 4. Cráneo, caras superior y lateral, $\frac{1}{4}$ de la magnitud original. Brandt, tab. 1.

Figura 4.1. Cráneo, caras inferior y lateral. Brandt, tab. 3.

¹⁹ Ver BÄR. Über das Aussterben, NORDMANN, Alexander von. Beiträge zur Kenntniss des Knochenbaues der *Rhytina Stelleri*. *Acta Societatis Scientiarum Fennicae*, v. 7, 1863, p. 4, MATTIOLI y DOMNING. An Annotated List of Extant Skeletal Material of Steller's Sea Cow. *Aquatic Mammals*, v. 32, n. 3, 2006. Sobre premios similares en relación a las ruinas arqueológicas de dudoso carácter, ver PODGORNY, I. Antigüedades portátiles: transportes, ruinas y comunicaciones en la arqueología del siglo XIX. *História, Ciências, Saúde –Manguinhos*, v. 15, n. 3, Rio de Janeiro, 2008.

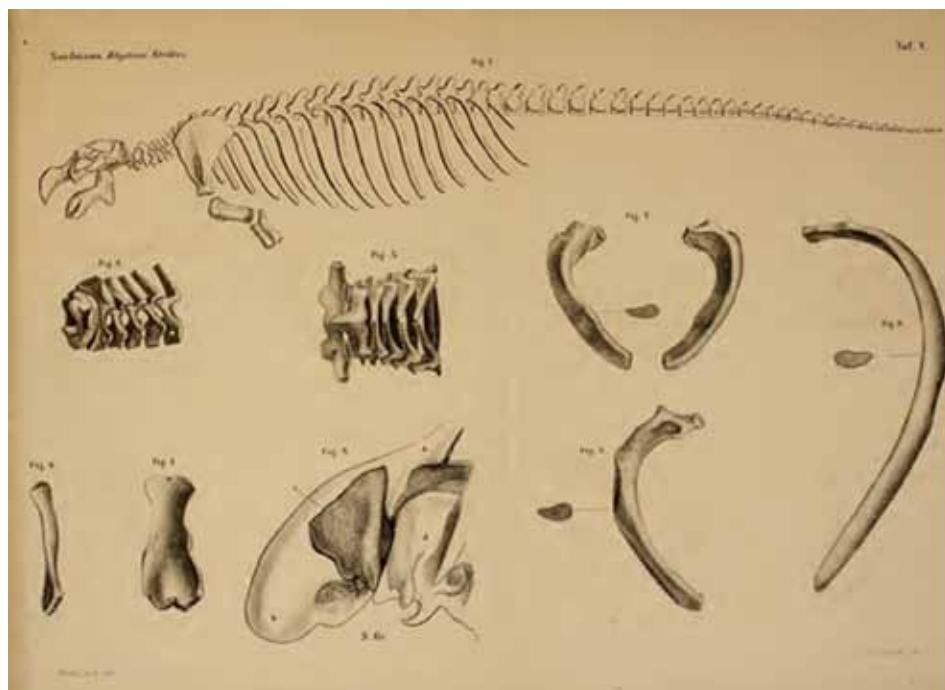


Figura 5. Esqueleto de *Rhytina stelleri* de Nordmann, 1860.

mismo objetivo, de manera tal que para 1860, cuando von Baer publica el segundo de sus trabajos sobre la ritina, Europa ya contaba con tres esqueletos completos (Figura 5).¹⁹

Von Baer sugeriría, además, revisar entre los objetos atesorados por los aleutianos, quienes, muy probablemente, conocieran el paradero de los tan preciados huesos. Estos cazadores habían llegado al archipiélago del Comandante después de las noticias de Steller en la segunda mitad del siglo XVIII, el único lugar donde, por ese entonces y según todas las evidencias textuales disponibles, sobrevivían entonces las poblaciones, ya reducidas, de ritina. Los aleutianos, aparentemente conocieron este animal una vez instalados en Bering, comiéndolo pero también adoptando sus huesos para confeccionar sus utensilios y sus cueros para sus canoas, los renombrado baidares, esas embarcaciones – tipo kayak – del norte de Siberia contruidas con pieles de mamífero marinos, cosidas con nervios de lo mismo.²⁰ Los consejos de von Baer serían seguidos por más de un viajero que, así alertados, implementaron, sin saberlo, los primeros pasos de una etnoarqueología que en esos años, por supuesto, no pretendía serlo.

b) Las remesas de Adolf Erik Nordenskiöld y de Leonhard Stejneger

En la famosa circunnavegación de Eurasia del vapor Vega a través del Ártico, realizada entre los años 1878-1880, el explorador sueco Adolf Erik Nordenskiöld tendría oportunidad de descender en las islas del Comandante y dedicarse, él también, a la búsqueda de huesos de ritina para los museos de su patria. Para entonces, Alaska había pasado a la administración estadounidense. Las islas, sin embargo, continuaban bajo bandera rusa aunque la American Alaska Company había adquirido el derecho de caza para desarrollar sus actividades en el área, manteniendo dos estaciones comerciales de relativa importancia para proveer provisiones y manufac-

turas del continente a los habitantes del archipiélago del Comandante. En febrero de 1871, los derechos de caza de la Alaska Commercial Company de San Francisco habían pasado a Hutchinson, Kohl, Philippeus & Co., cuyos empleados, recién llegados a las islas, convivían con los oficiales de la administración rusa y los residentes de origen aleutiano.

Nordenskiöld haría una extensa descripción de los métodos “inventados” para hacer una buena cosecha de huesos, que finalmente no solo aparecerían desperdigados por todo el subsuelo de la isla sino también atesorados como parte de las materias primas acumuladas por los pobladores de origen aleutiano:

uno de los inspectores de la Compañía de Pieles de Alaska, hoy en Copper Island, me comunicó que los huesos de la vaca marina, aparecían también en el lado occidental. Por otro lado, nunca se ha escuchado del hallazgo de tales huesos en la isla pequeña en los alrededores de la colonia de Behring Island; aunque los huesos de Rhytina abundan en las orillas vecinas de la isla principal. Esta fue toda la información que fui capaz de obtener de los nativos y otros residentes sobre nuestro animal. A pesar de ello, mi decisión de llevarme algunos huesos de Rhytina fue coronada con el éxito más rotundo y, de esta manera, conseguí reunir una colección muy grande de fragmentos de esqueletos. Cuando conocí a los primeros europeos de la isla, me dijeron que las probabilidades de encontrar algo de valor eran mínimas; la compañía había ofrecido, sin resultados, 150 rublos por un esqueleto. Pero, antes de que hubiese pasado en tierra más que unas pocas horas, me enteré que en las cabañas de los nativos se podían encontrar, aquí y acullá, colecciones de huesos de todos los tamaños, grandes y pequeñas.. Las compré pagando, intencionalmente, un precio tal que el vendedor quedaba más que satisfecho, para envidia de sus vecinos. Una parte importante de la población masculina empezó entonces a buscar huesos con fruición y, de esta manera, pude reunir una cantidad tan grande que terminamos necesitando 21 barriles, cajas y toneles para embalar los huesos de Rhytina, entre ellos, tres cráneos preciosos y completos y otros algo dañados, además de varias colecciones considerables de huesos del mismo esqueleto, etc. [...] Para encontrarlos, dado que hubiese sido imposible excavar toda la superficie del suelo,, se debe examinar el sedimento con un palo con una punta de hierro, una bayoneta o similar. Pronto se aprende a distinguir, por la resistencia y la naturaleza del sonido, si se ha dado con una piedra, un trozo de madera o un fragmento óseo. Los nativos usan las costillas, por su estructura y dureza similar a la del marfil, para proteger las guías de los trineos o para sus tallas. Esto significa que estos huesos se usan ya hace tiempo y por eso mismo, son menos abundantes que los de otros animales.²¹

Los huesos, adaptados por sus cualidades, a la vida cotidiana de los aleutianos, desaparecían por su uso. Quizás por esa misma familiaridad que los cazadores le habían tomado a los huesos de ritina en aproximadamente un siglo de convivir con ellos, Nordenskiöld se convenció de la supervivencia de la especie hasta mediados del siglo XIX, sobre todo en base a los testimonios de dos pobladores, cuyas palabras tradujo e incluyó en las crónicas de su viaje, comparándolas con las palabras de Steller.

Dos criollos, Feodor Mertchenin y Stepnoflf, me contaron que hace unos 25 años en Tolstoj-mys, en el lado oriental de la isla, habían visto un animal desconocido para ellos, gordo delante y muy delgado en su parte trasera. Sus patas delanteras eran pequeñas. Se lo veía aparecer a nivel del agua con una longitud de unos 15 pies, emergiendo y sumergiéndose varias veces. El animal “resoplaba” (blew), pero

²⁰ Cf. LORENZO, J. D., MURGA, G. D., y FERREIRO Y PERALTO, M. *Diccionario marítimo español*: que además de las voces de navegacion y maniobra en los buques de vela, contiene las equivalencias en francés, inglés é italiano, y las mas usadas en los buques de vapor, formado con prescencia de los mejores datos publicados hasta el dia. Madrid, Establecimiento Tipográfico de T. Fortanet. 1864, p. 65.

²¹ *The Voyage of the Vega Round Asia and Europe*: with a historical review of previous journeys along the North Coast of the Old World. London: Macmillan, 1881, p. 278-280.

²² NORDENSKIÖLD. *The voyage*, p. 277.

²³ STEJNEGER, Leonhard Hess. Contribution to the history of the Commander Islands, 2- Investigations relating to the date of the extermination of Steller's sea-cow. *Proceedings U.S. National Museum*, v. 7, September 1, 1884, p. 187.

*no a través de espiráculos sino por la boca. Era marrón, con algunas manchas más claras. No tenía aleta dorsal, pero cuando emergía y gracias a que estaba muy flaco, se le veía el espinazo. Me dediqué a examinar a mis informantes, cuyos relatos concordaban en un todo y parecían confiables. Según esta descripción, no hay dudas de que se trataba de una vaca marina, tanto por la forma como por la manera de pastorear en el agua y por cómo respiraba, su color y su flacura [...] Steller dice, p. 97, „ Cuando pastorean, cada cuatro o cinco minutos, sacan la nariz del agua para escupir aire y un poco de agua;“ p. 98, „En el invierno están tan flacas que se puede contar sus vértebras y costillas;“ y p. 54, „Algunas tienen manchas grandes y blancas, son de apariencia manchada.“ Como estos nativos desconocían la descripción del animal hecha por Steller, resulta imposible que sus afirmaciones sean falsas. La fecha de extinción de la *Rhytina* debe, por lo tanto, modificarse en función de este nuevo dato.²²*

Afortunadamente para su salud, Karl Ernst von Baer había muerto en 1876 y no llegó a leer que Nordenskiöld, en base a estos testimonios, proponía llevar la fecha de extinción de la especie a 1854. Leonhard Stejneger, que llegaría a las islas poco después, le señalaría el error en el que había caído al afirmar que los nativos no podían haberse basado en las descripciones de los libros porque desconocían la obra de Steller. Indudablemente no lo habían leído pero, al ser instruidos a distancia para juntar huesos o testimonios para el museo de San Petersburgo, habían recibido las imágenes a través de la obra de Brandt: “Aquellos nativos – decía Stejneger – lejos estaban de desconocer las descripciones más antiguas del animal; una copoa de las láminas de la primera parte de la obra de Brandt, *Symbolae Sirenologica*, fue despachada a la isla muy poco después de ser publicada. Los dibujos, después, se llevaron a Sitka”.²³

Tanto los “nativos” como Nordenskiöld habían olvidado que la observación de la realidad estaba tamizada por la historia de la circulación de las imágenes. Esos nativos, aprendieron a ver “vacas marinas” vivas, o por lo menos a adjudicarles a algunos animales de forma dudosa, las formas que ellos habían aprendido a través de las instrucciones del museo del Zar. Stejneger, para desandar esas realidad creadas por los sedimentos de las imágenes mezcladas en la memoria, hizo un trabajo casi psicoanalítico, entrevistando a los mismos “nativos” con los que antes se habían encontrado Nordenskiöld, confrontando palabras con las imágenes y los textos de los libros. Stejneger, un fino reportero, se preguntaba cómo Nordenskiöld se había animado a esgrimir una evidencia tan vaga, sabiendo que los humanos recordamos mezclando tiempos y secuencias, expectativas con experiencias. De esta manera, descubrió más de un error.

Respecto de la primera de las pruebas presentadas por el Profesor Nordenskiöld, es decir, la afirmación de un criollo de 67 años, acerca de que su padre, fallecido en 1847 a la edad de 88 años, y quien habría llegado a la isla de Bering a los 18 (en 1777) y durante los primeros dos o tres años de su estadía en este lugar, es decir hasta 1779 o 1780, habría visto vacas marinas pastoreando algas, mis investigaciones dieron otros resultados, por lo que aquí procedo a citar mi conversación con el mismo hombre, copiando sus propias palabras tal como las registré escuchadas de sus propios labios. Le dije que Nordenskiöld en su libro menciona que su padre murió en 1847, él, en cambio, sostiene que la fecha correcta es 1842, y que así se lo dijo a Nordenskiöld. Subrayó que, a pesar que Nordenskiöld dice que su padre llegó de Volhynia, él le había dicho Vologda, que su padre era originario del pueblo de

Lalsk de esa provincia! Si es correcto que su padre arribó a Bering con 18 años. No recuerda demasiado qué le contó su padre de la vaca de mar, pero sí recuerda que no se comían más que sus riñones, y que el cuero se usaba para consruir baidares, pero ningún baidar cubierto de esta manera duraba tanto como para que él haya llegado a ver uno, ni siquiera sus restos. Insistí preguntándole si no se mataba a las vacas marinas por su corazón, pero me respondió que era por los riñones, que Nordenskjöld debe haberlo malinterpretado. La afirmación de Nordenskjöld que el cuero era tan grueso que podía cortarse en dos, y que con uno alcanzaba para un baidar era igual de errónea. El cuero se curtía y se afinaba, pero no se separaba en dos y, para un baidar para doce hombres, se necesitaban dos cueros. No entendía cómo Nordenskjöld lo había malinterpretado tanto. Tal su testimonio, transcripto literalmente, palabra por palabra y con el libro de Nordenskjöld a la vista. La corrección de este testimonio aumenta al compararlo con otros hechos y datos mencionados en las notas al pie. Burdukovskij goza de todas sus facultades físicas y mentales.²⁴

Los libros, textos e imágenes – ya que el libro de Nordenskiöld compilaba las láminas de la vaca marina de Pallas, Brandt y las fotos de algunos esqueletos ya montados en los museos, iban y volvían a Bering, en un proceso donde la experiencia de los nativos, también los iba incluyendo, sin poder distinguir lo que habían visto en el papel de lo que aparecía en el mar o habían escuchado como historias contadas al lado del fogón. De esta manera, Stejneger, recalculó los datos de Nordenskiöld, llegando a las siguientes conclusiones:

Vasilij llegó a Bering en 1772 (o 1770), y si en los primeros años de su estadía en la isla, efectivamente vio vacas marinas vivas, esto significa que el animal habría existido hasta , 1774 (o 1772), 6 (4) años más que los supuestos por v. Baer y Brandt. Sin embargo, si tenemos en cuenta que Vasilij tenía 65 cuando nació su hijo, quien nunca podría recordar otras historias paternas más que las que les contó a partir de sus 73 años; eso sin mencionar que tenía 23 años cuando su padre murió y que para 1879 (el año de la visita de Nordenskjöld), habían pasado 37 años, podría suponerse con cierta razón que, la afirmación de su padre o lo que él dice haber escuchado de su padre sobre las vacas marinas, con el transcurso del tiempo, adoptó la apariencia, intencionalmente o no, de una historia que él mismo había presenciado. O, quizás, Vasilij, que llegó a la isla cuatro años después de la muerte de la última vaca marina y, por lo tanto habrá escuchado historias de este animal, las contó tantas veces que se pudo haber convencido de haber presenciado estos acontecimientos tan notables! No hay que olvidarse que se trataba de un cazador de pieles y un aventurero, con ese toque o tendencia fanfarrona propio de esta gente pero que no se limita a ellas.²⁵

Pero el problema mayor de los testimonios que Nordenskiöld había compilado, dándole el mismo estatus de evidencia que los huesos recolectados por los mismos testigos, residía en aquellos que sostenían haber visto una ritina nadando en el mar en el año de 1854. Stejneger – escéptico – diseñó una encuesta meticulosa, que entregó y completó por escrito, de manera que el viento, no se llevara las palabras. Con la asistencia de uno de los administradores de la colonia – que hacía de intérprete – convocó a los dos testigos separadamente y les hizo contestar una serie de preguntas, tratando que las respuestas de uno no influyera en las del otro. Las preguntas evitaban inducir las reacciones de los entrevistados y se hicieron verbalmente, dándoles tiempo suficiente como para que elaboraran con cuidado aquello que tenían para decir. Stejneger sostenía que de no tomar-

²⁴ *Idem, ibidem*, p. 181-182.

²⁵ *Idem, ibidem*, p. 183.

se este tipo de precauciones, hubiese sido muy fácil inducir a esta gente a responder lo que uno deseaba escuchar. El primero en ser “examinado” fue Nicanor Pavloff Stepnoff, “un criollo de 58 años”. A continuación, el interrogatorio, transcrito en extenso para mostrar la dinámica del mismo:

Pregunta 1. ¿En qué año vio a la vaca marina?

Respuesta. No lo recuerdo exactamente, pero fue cuando Gutkoff era el agente de la estación. (Constaté –dice Stejneger– que Gutkoff dejó la isla en 1847, y que la vaca fue vista en 1846)

Pregunta 2. ¿En qué parte de la isla?

Respuesta. En el „ Nepropusk „ (se llaman así todos los acantilados, este en particular se refiere a uno entre Tolstoj Mys y Komiindor, el sitio donde murió Bering).

Pregunta 3. ¿En qué época del año?

Respuesta. A finales del otoño; durante la época de la caza del zorro, en Octubre o Noviembre; todavía no había nevado.

Pregunta 4. ¿Estaba lejos del animal?

Respuesta. Como de aquí al anemómetro. [30 a 40 pazos.]

Pregunta 5. ¿Cómo estaba el tiempo? ¿Había marea alta o baja?

Respuesta. Bien. Como el mar allí es profundo, no le puedo contestar.

Pregunta 6. ¿Cómo fue el encuentro con el animal?

Respuesta. Íbamos hacia Komandor desde Tolstoj Mys, cuando el animal se nos cruzó en el Nepropusk.

Pregunta 7. ¿Por cuánto tiempo lo pudieron observar?

Respuesta. Muy poco, lo vimos al emerger pero pronto volvió a hundirse.

Pregunta 8. ¿Cómo nadaba? ¿Desaparecía completamente bajo el agua?

Respuesta. Si [describió sus movimientos moviendo su mano, imitando la manera de nadar de las ballenas dentadas y agregando que „se veía toda la cola del animal por arriba del agua“, por lo que pregunté

Pregunta 9. ¿Cómo era la forma de la aleta?

Respuesta. Como la de la ballena pero más pequeña.

Pregunta 10. ¿Se veían las patas delanteras?

Respuesta. ¡No!

Pregunta 11. ¿Ud. dijo que cuando nadaba, largaba como el chorro de una fuente?

Respuesta. ¡Si! Cuando levantaba la cabeza, escupía agua, que llegaba como hasta acá [Más o menos, 4 pies desde el piso.]

Pregunta 12. ¿De dónde salía el chorro, de qué parte de la cabeza?

Respuesta. De arriba, por detrás de los ojos.

Pregunta 13. ¿Está seguro que no salía de la boca o de la nariz?

Respuesta. Muy seguro.

Pregunta 14. ¿Cómo era la aleta dorsal?

Respuesta. No tenía.

Pregunta 15. ¿De qué color era?

Respuesta. Blanquecino, como esta mesa, [amarillenta como el cuer.o Al mostrarle la escala de colores, sin dudarlo, señaló "burnt umber," agregando que el animal tenía manchas redondas y negruzcas.

Pregunta 16. ¿Cómo era de largo?

Respuesta. Como este cuarto [14 pies, o quizás 18. Era tan flaco que se le veían todos los huesos.

Pregunta 17. ¿Qué comía?

Respuesta. No vimos; solamente lo vimos salir unas pocas veces.

Pregunta 18. ¿Hay „Kapusta“ [algas] en esa zona?

Respuesta. No; son aguas profundas.

Pregunta 19. ¿Qué pasó, el animal se escapó de ustedes?

Respuesta. Si; después de salir tres veces, desapareció. Si no, le hubiese disparado, pero no volvió a aparecer, a pesar que lo esperamos. Hasta regresamos a Tolstoj para ver si lo podíamos ver desde lo alto, pero nada, se perdió.

Pregunta 20. ¿Se podía ver bien desde donde estaban parados?

Respuesta. Si, hasta donde alcanzaban los ojos, pero el animal, no estaba.

Luego le mostré la figura de la vaca marina que ilustra el libro de Brandt, subrayando que la nariz era demasiado corta y chata, mientras que la del animal que ellos habían visto era como un hocico parecido al "del esqueleto de la vaca marina".²⁶

Las mismas preguntas se le plantearon entonces al segundo de los testigos, Fedor Ivanoff Merschenin, aleutiano de 61 años de edad, quien no recordaba – ni siquiera aproximadamente – cuándo, en qué año, había tenido lugar su encuentro con la supuesta vaca. Y aunque no sabía contestar muchas de las preguntas, coincidía don Nicanor, en el dónde, en la época del año e incluso con el color atribuido en la escala presentada por Stejneger, contradiciendo así el color que Nordenskiöld dijo escuchar. Los matices de los colores del pelaje animal, esos que los cazadores conocen muy bien, aparecían materializados en el colorímetro llevado por Stejneger, otro de los dispositivos para hacer móvil la experiencia visual, en este caso, de los otros.²⁷

Fedor admitió que la única razón para pensar que se había cruzado una vaca marina y no con una ballena pequeña residía en la falta de aleta dorsal. Stejneger, convencido desde el vamos que la vaca de mar solo estaba viva en la mente de Nordenskiöld, concedía que estos nativos no había mentido: habían visto – fehacientemente – un animal desconocido para ellos. Que lo tomaran por una vaca marina era, según Stejneger, menos sorprendente de lo evaluado por Nordenskiöld, una conclusión alimentada quizás por las expectativas del sueco. Desde el punto de vista de la historia de la observación, no dejaba de ser curioso que estos nativos hubiesen "visto" a una vaca marina, desaparecida hace décadas del paisaje de las islas y de la experiencia de los pobladores, por lo menos en cuanto

²⁶ *Idem, ibidem*, p. 183-185.

²⁷ Ver NIETO OLARTE, Mauricio. Scientific instruments, creole science and natural order in the New Granada of the early 19th century. *Journal of Spanish Cultural Studies*, v. 8, n. 2, 2007.

animal vivo, con carne y movimientos. Los habitantes de Bering y de las islas aledañas, las “recordaban”, por un lado, por el uso que hacían de sus huesos; por otro, por la continua insistencia de viajeros y administradores, preguntando por ella u ofreciendo recompensas por datos, su paradero o el de sus osamentas. La conciencia de la “antigua” existencia de un animal extraño, al que nunca habían visto pero sobre el que se les insistía todo el tiempo, les permitió, finalmente, ver una vaca de mar.

Stejneger, comparando las descripciones de los interrogados con la literatura, arriesgó la hipótesis que el animal avistado se trataba, en realidad, de un cetáceo denticeto (hoy llamados odontocetos o cetáceos dentados), quizás un narval hembra, un animal común en el Ártico al norte de las islas del Comandante pero rarísimo en los alrededores de Bering. Es decir, se estaba frente a otra transferencia de un nombre de una forma conocida a otra “similar”, un caso más que podría haberse sumado a la lista esbozada por von Baer. La gran diferencia residía, en todo caso, que la forma original también era desconocida, por lo menos, en tres dimensiones: para los aleutianos y todos los pobladores de la segunda mitad del siglo XIX, la única experiencia de la vaca era a través de los huesos y el papel. Con esta posibilidad, Stejneger daba por concluida la cuestión de la supervivencia tardía de la vaca de Steller y regresaba a las fechas sostenidas por von Baer y Brandt.²⁸

Stejneger y von Baer, atentos observadores de sus propias prácticas, no dejaron ninguna reflexión sobre el efecto de sus investigaciones sobre estos asuntos, cuyas consecuencias, sin embargo, no dejaban de experimentar. Tanto el envío de instrucciones como la oferta de recompensas monetarias; la mera presencia de tantos investigadores en la isla, dispuestos a perder dinero y tiempo preguntando sobre hechos tan intrascendentes como un animal nunca visto, juntado huesos en la basura y recuerdos en los cuentos transmitidos por sus padres, o la llegada de láminas muy bien hechas y de libros que hasta recogían sus nombres y palabras, no hicieron más que despertar una nueva fiebre: la búsqueda de esqueletos para vender a estos personajes, ansiosos por tenerlos y pagar por ellos. Para los aleutianos, esto significó el punto de partida de una nueva actividad económica. Y todo, gracias a unas imágenes perdidas en el camino entre Kamchatka y San Petersburgo, allá lejos y hace tiempo, cuando nadie – o muy pocos – sabían aún de la existencia de la ahora famosa vaca marina de Steller.

Artigo recebido em março de 2016. Aprovado em abril de 2016.